

# La camisa del hombre más feliz

Versión de Sindhu Porter

Hace muchos siglos, en un pequeño pueblo de la costa del mar Mediterráneo, vivía un buscador de la Verdad. Su nombre era Angelo, y nació en una familia amorosa y trabajadora.

Ciertamente, por vivir en un lugar tan hermoso con gente amable, debería haber sido feliz. Sin embargo, no lo era. Ni siquiera caminar al amanecer por la orilla de las aguas azul celeste cerca de su casa lograba elevar el corazón de Angelo.

Desde niño, Angelo se había sentido acosado por una pena de la que no parecía poder librarse.

Un día, hubo un festival en la ciudad: una fiesta de temporada para las familias y niños. Por curiosidad, Angelo decidió ir.

Cuando llegó, vio acróbatas vestidos de colores brillantes que saltaban por el césped y actores que deleitaban a su público hasta que reventaban en carcajadas. El cielo estaba despejado, el aire fresco, la luz del sol radiante.

Angelo estaba a cierta distancia de sus amigos, quienes reían y se divertían.

La alegría del día le pasó de largo, como sucedía casi siempre.

Al irse alejando de la celebración, pensó con nostalgia: "Si tan solo pudiera encontrar la manera de ser feliz".

Más tarde, ese mismo día, al ir caminando por un puerto cercano, Angelo se topó con un faquir, un hombre santo recién llegado, sin duda, de una tierra lejana. El hombre santo estaba sentado tranquilamente sobre un proís de madera, usada para amarrar los barcos entrantes.

Al ir pasando frente al forastero, Angelo dejó caer accidentalmente una pequeña bolsa de cuero que sostenía. Aterrizó a los pies del faquir y, cuando Angelo se inclinó para recogerla, los ojos del anciano se encontraron con los suyos.

La mirada del faquir se hundió profundamente en el alma del joven.

Angelo recordó su deseo de aquella mañana y, al mirar al faquir, vio un destello de aquella alegría que tanto anhelaba.

“¿Quién eres? –preguntó Angelo–. Veo una felicidad genuina en tus ojos. ¿Me puedes ayudar? Quiero la felicidad que veo reflejada en ti”.

El faquir guardó silencio. Luego miró a Angelo y respondió: “Para encontrar la clave de esta felicidad, tendrás que viajar lejos de aquí. El viaje será largo, pero, si te mantienes firme, el resultado será satisfactorio. Hacia el este, hay un hombre santo que vive en la cima de una montaña de dos picos. Pídele la camisa que trae puesta. Y cuando te pongas esa camisa, también tú serás feliz”.

La expectativa de encontrar a ese hombre, y mejor aún, su camisa, le dio esperanza a Angelo. Era un poco extraño pensar que una camisa pudiera darle... *felicidad*. Pero la posibilidad lo estimuló.

Unos días después, abordó un velero para ir en busca de esa camisa y del hombre que la portaba.

Mes tras mes, Angelo recorrió largas distancias en busca del prometido hombre feliz.

En las costas de Turquía encontró a un hombre supuestamente feliz y se sintió animado. Angelo se acercó a él y le preguntó: “Por favor, amable señor, usted parece estar realmente feliz. Si tan solo me permitiera ponerme su camisa, hallaría la felicidad y mi corazón ardiente finalmente se calmaría”.

El hombre pareció entender lo que pedía Angelo. Asintió amablemente y dijo: “La verdad es que, para eso, debes viajar más lejos. En Egipto hay un ser muy sabio. Su felicidad es desbordante y sin duda te dará lo que le pidas”.

Pero después de viajar cientos de kilómetros hasta Egipto, Angelo se desanimó al no encontrar a ese hombre feliz.

Mientras deambulaba por un mercado abarrotado de El Cairo, reavivando su determinación, se sintió atraído hacia un puesto cargado de especias fragantes. Al inclinarse para inhalar su aroma, alzó la vista y vio a un hombre sabio y absolutamente feliz que estaba sentado cerca, mirándolo directamente. ¡Qué coincidencia!

Angelo aprovechó el momento y, acercándose al hombre, le pidió: “¡Señor, su presencia aquí es una bendición! Parece ser un hombre verdaderamente feliz. Permítame usar su camisa para que la felicidad se asiente dentro de mí”.

El hombre pensó por un momento y luego le dijo: “¡Ah, lo sé! Sigue yendo más hacia el este. Seguro que alcanzarás la meta de tu búsqueda. Sin duda, la camisa de la felicidad y el hombre que la viste te esperan. Cuando uses esa camisa, te llenarás de la interminable felicidad que anhelas”.

Así que Angelo siguió su camino. Centrado en su objetivo, viajó por tierra y mar, escalando montañas y visitando ciudades y pueblos remotos. Perdió la cuenta de los países por los que había pasado. Durante treinta largos años, continuó impertérrito.

Mientras viajaba, Angelo visualizaba la camisa legendaria. Se preguntaba cómo sería tenerla, finalmente, sobre sus hombros, dándole el tan esperado consuelo con sus suaves hilos. Se la imaginó inundando su ser de ligereza. Con el tiempo, la visión de la camisa se volvió tan fuerte en su conciencia que *casi* podía sentirla.

Poco a poco, y sin que Angelo se diera cuenta, su pena empezó a disiparse. De vez en cuando, sentía los bordes de la alegría tocar la orilla de su cansado corazón. Lo llenaba una oleada de fervor y se dirigía a un lugar nuevo, buscando a quien le traería una felicidad que nunca se desvanecería.

Un día, pasando por un arroyo que corría por lo profundo de un bosque de pinos, escuchó carcajadas más adelante. La risa recorrió el aire justo cuando el agua se agitó en el lecho del río cercano. Angelo se sintió impelido a seguir el sonido.

Kilómetro tras kilómetro, la risa continuaba, llamándolo para que siguiera adelante. Las olas de júbilo se hicieron aún más audibles y fuertes.

Angelo comenzó a sentir la risa ilimitada moviéndose en su cuerpo. Pudo sentir que su espíritu se elevaba, volviendo cada paso más ligero que el anterior.

La risa lo llevó hacia adelante, hasta que por fin llegó a la base de una montaña. Al mirarla, notó que era muy inusual. No tenía uno, sino dos picos que llegaban hasta el cielo.

¡Aquí era! ¡La montaña de dos picos! ¿Estaba su objetivo finalmente a su alcance? ¿Era aquí donde encontraría al sabio – y la camisa?

Sin más demora, comenzó a subir la montaña.

A medida que Angelo ascendía más y más, pasando entre los numerosos senderos, barrancos y crestas de la montaña, la risa ondulante se hacía más fuerte. Eran como olas de sonido que caían sobre él, envolviéndolo.

Por fin, Angelo llegó a la cima de la montaña.

Allí encontró un pequeño monasterio, y afuera de este pequeño monasterio estaba el origen del sonido.

Era un sabio, cuya risa incontrolable emanaba de cada partícula de su ser. Llevaba sobre los hombros un chal colorido y gastado.

Mientras este sabio se balanceaba hacia adelante y atrás, Angelo se paró frente a él y, con una rodilla al suelo, le pidió al santo en éxtasis:

“Por favor, señor, he viajado desde muy lejos para encontrarte y me han dicho que si me pongo *tu* camisa, me traerá la felicidad. ¿Podrías dármela?

Esta pregunta fue recibida con aún más regocijo y alegría, que parecieron extenderse hacia Angelo también.

Angelo sintió que una sonrisa ascendía por su rostro.

Luego recordó: “*¡La camisa! ¡Si no me cubro con esa camisa llena de felicidad, no lograré una felicidad duradera!*”.

Así que pidió una vez más.

“Por favor, señor, ¿podría darme tu camisa?”.

El sabio finalmente respondió, señalando debajo del chal alzado sobre el hombro: “Pero, ¡mira! ¡No tengo ninguna camisa!”.

Cuando Angelo escuchó estas asombrosas palabras, todos sus años de trabajo y esfuerzo pasaron ante sus ojos.

“¿Qué? ¿Cómo puede ser? –susurró con incredulidad–. ¡Han pasado treinta años y no existe la camisa!”.

Levantó los ojos, encontrándose una vez más con la mirada del ser radiante sentado frente a él.

Fue entonces cuando Angelo advirtió que el santo era, de hecho, el faquir. ¡El mismo que lo había instado, tantos años atrás, a embarcarse en este viaje!

“¡Oh sabio, eras tú! –exclamó Angelo –. Fuiste tú todo el tiempo. Pero no entiendo. ¿Por qué me enviaste en este viaje, en esta búsqueda de una camisa que no existe?”.

Esta pregunta provocó nuevas carcajadas del faquir. Finalmente, el faquir se detuvo un momento y dijo: “Dime, hijo mío, ¿no eres feliz?”.

Angelo guardó silencio por un momento. Era cierto, se *había* sentido más ligero. Ya no parecía cargar con la pesadez del pasado.

El faquir habló de nuevo. “Durante treinta años, no has tenido nada en tu corazón más que un deseo de felicidad. Durante treinta años, solo enfocaste tu mente en eso. Cada paso que diste, cada oración que susurraste, te trajo aquí a la cima de esta montaña, y cuando llegaste a este lugar, estabas completamente abierto. Tu último ascenso a esta montaña abrió la puerta de tu corazón. Mira lo que habita en tu corazón, hijo mío, ahora mismo, en este mismo momento”.

Angelo volvió su atención hacia adentro.

En su interior, irradiando por cada poro de su ser, había alegría, ilimitada y muy real.

Cerró los ojos y se deleitó con ella.



© 2020 SYDA Foundation®. Derechos reservados.

Esta historia está inspirada en un cuento popular que se ha contado en muchas tradiciones de todo el mundo.